

Abre este libro

La vida del Hombre es el gran retorno al seno donde brotó, Dios.

El Hombre es «Adán», eres tú, soy yo, es el otro; es la Humanidad, pero la Humanidad en que tú eres tú, y yo soy yo, y el otro es el otro.

La Humanidad es ese arenal inmenso de innumerables granitos de arena que aportan su diminuta masa para dar cuerpo a esa inconmensurable extensión, en la cual, sin embargo, cada uno conserva su individualidad y personalidad inconfundible.

La vida del Hombre es la historia del Hombre. La historia del Hombre es la cinta de lo circunstancial, contingente y anecdótico que se produce en tus días, en los míos, en los del otro: son esos pocos años de nuestra incorporación al fluir de las cosas.

La historia del Hombre es también más que eso: son los días de tu existencia sumados a los días de las generaciones que antes de ti fueron y serán después de ti, de mí y del otro. Pero todavía es más: la historia del Hombre son esos millones de siglos que se hunden en el nebuloso crepúsculo de las edades cosmogénicas y geológicas, «durante los cuales el Hombre fue «tomado» y «plasmado de la tierra» (Gen 2,7;3,19); es esa angustiosa gestación de milenios de la “Madre Tierra”, en que en un supremo esfuerzo paría para Dios el “hombre de tierra”, en quien Yahvé Elohim infundiera un «soplo de vida» del mismo Dios.

Y es todavía infinitamente más que eso. La historia del Hombre no es “historia”, es eternidad, porque tiene su arranque detrás todavía de aquel telón de negrura y de «tinieblas que cubrían la haz del abismo» caótico a cuyo seno frío

y estéril iba Dios a arrancar el nacimiento de la “Madre Tierra”. Tiene sus orígenes mucho más allá de aquel «principio» en que “Dios creaba Cielos y Tierra”, porque el Hombre brotó en el seno de Dios fecundado al calor de su propio corazón, allá en la punta de la eternidad, cuando Dios estaba solo consigo mismo y tan sólo consigo mismo hablaba y se decía su Verbo. Fue entonces cuando Dios se dijo: «Hagamos al Hombre a nuestra imagen y semejanza». Y el Hombre quedó hecho y constituido señor de todo lo creado.

A la mente de Dios asomó Cristo y tomó formas definidas esta esplendorosa imagen, el ejemplar más genuino y auténtico de tu raza y de la mía, este “hombre tomado de entre los hombres”, este “hijo del hombre”, que, por ser el arquetipo perfecto y acabado, es el único que merece ser llamado «el Hombre» (Jn 19,5). Pero también él, como tú, como yo, y como el otro, es hijo de la “Madre Tierra”. Es el parto más lucido y más estupendo de la Tierra, es el orgullo de sus entrañas y la corona de sus fecundas angustias generadoras que la Tierra ofrece altiva al Padre de todo. Y este Padre fecundo desde infinitas eternidades se agrada en este parto. Y la “Madre Tierra” recibe al mismo Hijo de Dios en su anchuroso regazo universal.

Allá en la punta de la eternidad brotó el Hombre en las entrañas luminosas de Dios, y su “historia” completa es un circuito continuo que se cierra en la otra punta de la eternidad cuando vuelve a sumergirse en el seno de Dios. Este es el gran retorno. El gran retorno de la Humanidad que eres tú, que soy yo y que es el otro. Tu “vida”, tu incorporación al “fluir de las cosas” en el mundo de lo contingente y fugaz, es tan sólo un átomo de tiempo; pero ese átomo de contingencias y nonadas es decisivo en tu circuito de eternidad. Porque es el “tiempo” de tu peregrinar penitencial y sacrificado, complaciendo a una Voluntad que te marca tus caminos, exigiendo obediencia y sumisión sin rechistar. Sí, porque al fin del circuito es como si éste se bifurcase. Los dos tramos van a

hundirse en Dios y en la eternidad. Pero Dios puede recibir en la negrura del averno o en el esplendor de la dicha.

El hombre, porque es pequeño y de campo visual muy reducido habla de tiempos y de edades, corta en pedazos la existencia de los seres, y aun de sus días fugaces, para poder abarcarla a trozos sucesivos. Habla de eternidad y de tiempo, de prehistoria e historia, de historia antigua y moderna, de tiempos pasados y futuros.

El circuito total de la “historia” del Hombre, como la de cada hombre, se abre en Dios y se cierra en Dios, pero a lo largo de todo su camino transcurre también en Dios. Por eso para Dios no hay tiempos, ni edades, ni “historias”: No hay más tiempos que la eternidad, no hay más edades que la de Dios, no hay más historias que la Suya propia. Allí todo se reduce a una unidad indivisible ¿inviolable.

La “historia” en el circuito del gran retorno del Hombre no es la historia del Hombre. Es la historia de Dios en relación al Hombre. Una historia que Dios mueve y que se mueve en Dios. De ahí el hilo conductor uniforme y constante que da unidad perfecta, dentro de una evolución homogéneamente progresiva, a todo eso que la limitación humana reparte entre eternidad y tiempo, pasado y futuro, antiguo y moderno, Viejo Testamento y Nuevo Testamento. El plan de Dios es único, y es también ÚNICO el que lo ejecuta.

Aquí está el secreto de la armonía de dinámica continuidad en las páginas bíblicas que se abren al lector después de este ensayo de introducción. Míralas y léelas desde esa punta de la eternidad en que Dios las “escribió”, y descubrirás su misterio. Y este descubrimiento te dejará sabor a vida.

ENMANUEL MIGUÉNS

Año 1970

LA SOLAPA DEL VOLUMEN III

Peregrinación del Pueblo de Dios contempla la historia de “el hombre”, el único, en ese estado de Conciencia de la Unidad en su Ser, en sí mismo y en armonía consigo mismo, en quien y para quien fueron creadas todas las cosas: «*Cuando creó Dios al hombre le hizo a imagen de Dios. Hízolos macho y hembra, y los bendijo y les dio al crearlos el nombre de Adán*» (Gen5,1-2).

Le vemos en su doloroso “peregrinar” después de haber caído en la in-conciencia de la multiplicidad de sí mismo, en una lucha constante consigo mismo, por haber perdido el centro en su Ser, cayendo en el egocentrismo, hasta su retorno en Jesucristo, quien, por la negación de sí mismo, se centra en su Ser y vuelve a ser “el hombre”: «*¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que 'yo os digo no las hablo de mí mismo; el Padre, que mora en mí, hace sus obras. Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos, creedlo por las obras*» (Jn 14,10-11).

La historia de ese “hombre”, el único, que, en la multiplicidad del yo, eres tú, soy yo y es el otro, está ejemplarizada en la historia del “Pueblo de Dios”, en la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, concretándose en los acontecimientos que se han dado en el pasado, se están dando en el presente y se darán en el próximo futuro. Acontecimientos que deben revelar a cada uno el estado de conciencia en que se encuentra, porque termina el “tiempo” para el ser humano y cada uno debe consumir su elección: retornar a la Unidad de su Ser en “el hombre” o afirmar en sí mismo la inconciencia en la multiplicidad del yo, quedando como rama desgajada del “árbol de la Vida”:

«Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo sino permaneciere en la vid, tampoco vosotros, si no permanecieris en mí. Yo soy la vid. Vosotros los sarmientos. El que

permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada; el que no permanece en mí, es echado fuera, como el sarmiento, y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan» (Jn 15,4-6).

la esclava del Señor

JOSEFINA CHACÍN DUCHARNE

LA SOLAPA DEL VOLUMEN II

A medida que la mentalidad científica como criterio de lectura de la Sagrada Escritura se extiende, las inteligencias van cerrándose a la posibilidad de comprensión de la palabra de Dios. Y esto por justicia, porque los hombres la rechazan a cambio de las seguridades de que les va dando posesión el desarrollo de la razón.

Así está siendo leída y dada a leer la Biblia. Cualquier otra es tenida por ingenuidad. Para muy pocos la palabra de Dios es antes que nada la Vida divina ofrecida al hombre bajo la forma de palabra humana en la que Cristo nos da su Vida.

Este libro aparece situado en una situación completamente diferente. Para él lo que cuentan son las realidades espirituales. Es cierto que esta actitud para con la Escritura cada día nos parece más extraña e incomprensible. No son muchos los libros que se presentan hoy así al público. Es que no estamos atentos a lo que Jesús nos dejó dicho.

Para fortalecer la confianza de sus discípulos Jesús les dejó esta advertencia que es plenamente válida para nosotros; *«Muchas cosas — les dijo— tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará a la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras» (Jn 15,12-13).* *«El Abogado,*

el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,25-26).

Jesús ha cumplido fielmente esta promesa dándonos los Evangelios y trayéndonos a la memoria por su Espíritu en nuestras vidas particulares y moviendo a sus enviados en la Iglesia, las cosas necesarias para cada tiempo. Nosotros algunas veces nos olvidamos de ella. La recordamos aquí para que a nadie le llame la atención si en este libro encuentra la declaración de cosas acerca de las cuales nunca se había hablado tan clara y abiertamente. Esto ha de ser interpretado más bien como un “signo”. En las Escrituras hay muchas cosas cuya declaración en ellas mismas se dice es para el tiempo del fin. Daniel, cuando preguntaba por el significado de sus visiones, recibió esta respuesta: *«Estas cosas están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin»* (Dan 12,10). Si creemos en la promesa de Jesús y nos fijamos en lo que en virtud de ella el Espíritu nos declara, difícilmente nos podría ser dado un “signo” más claro.

A más de uno acaso le parezca desmesurada esta afirmación. La responsabilidad que supone ante Dios y ante el mundo es grave. Pero si creemos en los misterios a cuyo servicio estamos, aunque el estupor no decrezca, la obligación se afirma. Consagrado por la ordenación sacerdotal al servicio de la palabra, no es posible dejar de hablar. Por lo demás, no es diferente lo que con este escrito se dice de lo que todos los ministros hacen cuando anuncian la palabra de Dios. Si acaso solamente la claridad y urgencia son aquí más apremiantes.

De los escritos, la persona de quien el Señor se sirve para hacerlos llegar a los hombres da el siguiente testimonio: *«Aunque la redacción es mía y tiene mis deficiencias, el sentido que he querido expresar en ellos es del Señor y de ésto doy testimonio yo y lo dará Él cuando llegue el momento»*. Es cuanto en el momento presente podemos decir en

relación con la forma concreta en que llegan al público. Creemos que es suficiente en cuanto representa el testimonio de la conciencia de la persona que directamente los ha recibido.

Por lo que toca a la suerte que les está reservada a estos escritos se nos viene a la mente lo que le fue dado a conocer a Daniel en relación a las palabras y exhortaciones que por su medio Dios estaba dirigiendo a los hombres: «*Muchos serán purificados, emblanquecidos y depurados; los impíos seguirán el mal, y ninguno de los malvados entenderá, pero los que tienen entendimiento comprenderán*» (Dan 12,10).

JOSÉ BARRIUSO

